TOM. I. NUM. 20. — 153 — 27 DE AGOSTO DE 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Con la entrega 25 que será la última del primer tomo, se repartirán á los señores suscritores que adelantaron su importe, los retratos de los señores D. Modesto Lafuente [Fr. Gerundio] D. José Zorrilla, D. Juan Martinez Villergas y D. Wenceslao Ayguals de Izco primorosamente litografiados por los primeros artistas.

A los que adelanten el importe de las 25 entregas del segundo tomo se les darán á su tiempo los de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Príncipe y Gil de Zárate, por manera que los suscritores á la *Risa* obtendrán gratis por este medio una magnífica galeria de los retratos de los escritores nacionales.

CADA UNO EN SU CASA

Y

DIOS EN LA DE TODOS.

«Pues estando Dios en todas partes, decia el confesor al penitente chicuelo, estará tambien en la cueva de tu casa! — No padre. — Ergo pillete! — No pillete que en mi casa no hay cueva.» Pero nosotros tenemos cueva sin casa, ó mejor dicho, carecemos de ambas cosas á la vez, porque somos casi usufructuarios de un aposento á piso bajo, en calle estrecha, con mas un gigante de la arquitectura moderna, enfrente cuya funesta pantalla nos haria cegar antes de tiempo, en el caso imposible, de que un edificio á la órden del dia, durase mas que nuestra vista, y en la actualidad es harto corta por desgracia. En cambio de esto jamás hemos dudado de la bondad divina, y con una verdadera fé á ciegas creemos que Dios se digna observarnos en nuestro humilde gabinete; desde cuyo sitio esperamos su ayuda para que corra con facilidad la pluma que con arreglo á lo prevenido en las escuelas de prima, se halla entre los dedos de la mano derecha. Y sépase aqui, como cosa de gran interés, que nuestras plumadas podrán ser malas, aunque seria de desear que fuesen buenas, pero proceden por linea recta del ala izquierda de un ganso, y esto cuando menos no es moco de pavo. Ultimamente encomendemos á Dios la pluma y ya puede dictarnos el diablo mismo, que el triunfo no es dudoso.

Empiezo pues, mandando (circunstancia precisa para que no me obedezcan) que no entre nadie en mi cuarto. La consigna no puede ser mas fácil, ni el santo y seña menos susceptible de equivocacion: «Está? — No Sr.» — Esta respuesta sobre llevar consigo todas las virtudes de obediencia y respeto necesarias, es algo mas breve que la oficiosa pregunta de: Si yo supiera quien es V. — pero ya se ve, luego...!» — «No tengas cuidado, dice el tarambana (porque en estos casos todos la dan de calaveras) y suele ser mi amigo F... que añade — «Para mí no se niega nunca; lo mismo hago yo con él» (Hay que advertir que en las pocas veces que he ido á su casa nunca estaba en ella) — «En ese caso contesta el fámulo, pase V. adelante.» Y mientras llevo diez minutos escasos de soledad y me felicito por los grandiosos resultados de mi negativa, oigo ruido en el pasillo que conduce á mi habitacion; tararean un ária intarareable, y el redoblante de la orquesta son los tacones de unas botas, duros por mas señas mal que le pese á mi casero, y al pavimento de su finca. La primer idea que me ocurre es encastillarme en la última linea de mi indefenso gabinete, y la segunda poner-

me en pié para dar una vuelta á la llave; pero la tercera parte de mi plan, ó la primera de otro, estaba á cargo de mi amigo que se adelanta á mis intenciones alzando el picaporte, y diciéndome por todo saludo: «Qué bárbaro!» Algo me asusta el apóstrofe pero no tanto que me impida protestar el endoso sin descuento y acto contínuo le replico: «Qué bruto!»

Parodiamos despues, como complemento del saludo las chanzas de los aguadores y mozos de

esquina terminando los egercicios gimnásticos por quitarse mi amigo la levita para que le cosan un rasgon que se hizo en la espalda (de la levita) al dar en tierra con mi tintero, mis libros y varias otras cosas, que cuando cayó el velador, no tuvieron un S. Vicente que las dejase en el aire como al albañil de la historia. Acércase al espejo en mangas de camisa y le dá por reir á carcajadas; yo me rio tambien porque me figuro que habrá motivo para ello. Una de las cosas que no creeré jamás es que haya quien tomando la risa por una ocupacion como otra cualquiera, mate el tiempo riendo. Desgraciadamente los muebles de mi cuarto no vuelven á su estado primitivo aun despues de restablecida la calma; y tengo esto por una desgracia, no porque yo sienta que mi escribanía no sea de plata sino porque quisiera que el vidrio no fuese tan fragil. Y ya que esto fuese inevitable seria muy útil que la tinta conservase su forma sólida, cuando se rompen las paredes del frasco en que se encierra; pero estas reformas caligráficas son para mas despacio, y casi es mejor habilitar un bote de pomada para que sirva interinamente la plaza del difunto (Q. E. P. D.) tintero de cristal.

Cesan las risotadas de mi amigo, al ver en pié mi velador, y que me dispongo á escribir. Suplícole silencio, y me le otorga; pero coje una pluma y si estuvo feliz como mozo de cordel, no lo está menos como criado de servicio ocioso, poniendo su nombre en cuantos papeles tienen la fatalidad de estar en mi mesa, y la desgracia de caer en sus manos. «Lástima, le digo, que no te llames Juan Perez, ó Manolo Fernandez, y fueses poniendo tu nombre con carbon en todas las calles de Madrid.» Y aquí lamentamos otra vez la poca estabilidad de los edificios modernos, que destruye este medio de pasar á la posteridad.

Concluye aquello por persuadirme yo de que es mucho mejor sacrificar la parte por el todo, y aunque los cascos del tintero y los papeles emborronados me denuncian como inmolada una parte de mi ajuar, conozco que es indispensable sacrificar otra por lo menos, y despues de un detenido exámen, resuelvo en auto definitivo ofrecer mi persona á la disposicion de mi amigo; para lo cual escondo el cuello y parte de la geta en una chalina, cubro la camisa con las solapas del gaban y ea, «marchemos» digo—*Allons*, responde el camarada, y *sans complimens* añade en tono de burla porque salgo el primero de la habitacion. Apenas ganamos la calle, me pregunta—qué hacemos?—No sé, respondo, estoy á tus órdenes, desde que te empeñaste en no dejarme escribir... Creo que para ello tendrias tu plan.—No habia resuelto nada, pero improvisaremos algo en que pasar la mañana, iremos de visitas.—De visita, á las doce, y con esta facha que yo llevo?—Igual á la mia en un todo.—Buen consuelo.—No te apures hombre, serán visitas de *neglissé*.—Sea lo

que quieras, le dije, y en el idioma que te dé la gana. Y á estas palabras siguió nuestra llegada á casa de las señoras de M... que por desgracia suya y fortuna de mis pies era la mas próxima; pero los criados de esta casa eran incorruptibles, y la consigna inviolable. Por mas protestas y hasta súplicas que empleamos, no conseguimos nada; ellos se quedaron diciendo: «No reciben» y nosotros nos fuimos con la incomodidad á otra parte. Y en la tal parte nos recibieron con mal gesto, gracias á que cruzaba una de las señoras por la antesala, y aunque ella fiada en sus talones no se daba por sorprendida, nosotros la sorprendimos saludándola. Hízonos pasar á la sala, pretestando no estar vestida; pero para decirlo ocultó la cara en el pañuelo, y esto nos dió á entender que estaba tambien sin adobar. Hora y media tardó en salir, y no fué mucho porque los cosméticos se dan muy pronto, pero se secan muy tarde; y aunque nosotros (asi se evitan interpretaciones maliciosas) no habíamos de estar tan á boca de abrazo que nos manchase el barniz, sin embargo no conviene secar esas pinturas al aire libre porque se hacen grietas, y el cútis sufre luego con la restauracion. A mi se me hizo breve la ausencia de nuestra jóven, porque mi amigo Joaquin (hora es ya que sepan vds. su nombre) toca muy bien el piano, y á mí me gustan mucho los walses de *Straus*. Allí nos comprometieron para un concierto por la noche y nos exigieron palabra de ir al Prado. Joaquin creyó hallar la piedra filosofal en lo mismo que yo veia un prolongado tormento; él no sabia en que pasar la mañana y encontró distraccion para todo el dia.

Las dos menos cuarto serian cuando dejamos aquella casa, y aun no habian pasado quince minutos, cuando llamamos á otra, algo recelosos de encontrar en la cama á sus dueños; pero nos sucedió tan al contrario que á tardar cinco minutos mas en llegar, los hallamos durmiendo la siesta. (Tal es la revolucion que han sufrido nuestras costumbres, hasta en la parte gastronómica, que nos causa estrañeza la familia que fiel á sus banderas tiene el laudable patriotismo de comer á las dos y cenar á las diez.) Apenas conocimos nuestro error quisimos botarnos á la calle, pero la campanilla nos obedeció demasiado pronto, y un sacudimiento metálico habia conmovido á la pacifica familia, en el momento crítico tal vez de estar humeando el puritano batallon de los veteranos garbanzos. Aquella pobre gente no tenia la franqueza necesaria para decir «no recibo» ni era bastante despreocupada para mover las mandíbulas en nuestra presencia. Hiciéronnos pasar á la sala y unos tras de otros, por disimular, fueron saliendo todos, esforzándose en repetir que no estaban comiendo, sin observar la servilleta prendida al ojal, que por distraccion sacaba uno de ellos. Varias veces quisimos despedirnos y no nos dejaron, con cuya imprudencia dieron lugar á que uno de los niños dijese á su padre: «¿No es verdad, papá, que no acabamos de comer hasta que se marchen estos señores?» Figúrense los que alcancen á comprender todo lo terrible de esta situacion, cual se pondria la madre; y paren un poco la atencion en imaginar los diferentes colores que tomarian las mejillas de las hijas jóvenes, que veian todo su prestijio por tierra, con aquella inocentada. Porque ya sabran mis lectores que la hora de comer es una de las principales pruebas aristocráticas que exije nuestra moderna sociedad.

Miseria de mundo!...(esclamo aunque naufrague el estilo festivo en esta esclamacion) miseria de mundo, que se han de apreciar las personas segun las horas que tengan de aplacar el hambre; y ha de valer mas el que come á las seis, importando para ello una costumbre estrangera, que el castellano lejítimo que fiel á los usos de sus mayores engulle el célebre cocido á las dos en punto de la tarde! De aquí nace esa turba de necios y necias que bajan al Prado á las tres, oliendo á garbanzos, contra los esfuerzos del *Pachuli*, y dicen que comen á las seis, apellidando plebe á los que encuentran de retorno para sus casas. Pero aplicando este principio con todo el rigor de la ley, nadie mas aristócrata que el infeliz cesante ó la pobre viuda que adquiriendo una peseta á las doce, pone la comida á la una, y cubre la mesa á las ocho de la noche!

Ultimamente conozco que á llamarme Dios por algun camino, no es ciertamente por el filosófico, y dejo para otra clase de gente la sesuda tarea de regenerar sociedades; porque á mí me ocurre ahora imitar á cierto estudiante que comiendo á rancho con otro camarada, vió un hermosísimo trozo de carne en el polo ártico del plato, que era el de su compañero, y queriéndole trocar por una gran patata que habia en el antártico, ácia el cual estaba su persona, empezó á probar sus conocimientos geográficos diciendo que el mundo era una bola, y que daba vueltas y vueltas. Y á todo esto hacia girar la fuente hasta que logró cambiar los polos con sus respectivas tajadas. Pero el otro conocia bien la estrategia y replicó: «Si, todo eso es muy cierto, pero deja el mundo conforme estaba.»

Esto quiere decir que yo me separé de mi amigo, y como la prueba de aquel dia era la única que me faltaba para poner en planta una resolu-

cion, que buena ó mala, no sujeto al juicio de nadie; he resuelto imprimir unas esquelas, que á guisa de circular pienso repartir á todos mis amigos. Y por si acaso hubiese alguno, que por ignorancia de su domicilio ó por otras causas independientes de mi voluntad, no la recibiese, he determinado reproducirla á continuacion.

Sr. D. Fulano de tal.

De hoy en adelante, V. en su casa, yo en la mia, y Dios en la de todos, hasta el valle Josafat.

ANTONIO FLORES.

POCO ME IMPORTA.

CANCION.

Me dicen que medio mundo
riñe con el otro medio,
y aunque en verdad me confundo
viéndolo así ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace:
cada cual como mas quiere
vive y muere:
y aunque algo estraño se me hace
viendo la vida tan corta
poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
contra duelos tan estraños,
y son con tal específico
horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
ni pesares, ni disgustos
me dan sustos,
y aunque diz que sulco á oscuras
el mar de esta vida corta
poco me importa.

Sin opulencias me paso,
ni ambiciono honras ni oro,
ni del poder hago caso;
si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto
y con lo poco que tengo
bien me avengo,
y aunque cuanto tengo gasto,
siendo la vida tan corta
poco me importa.

Si leyes á nadie doy
nadie á mi leyes me dá:
donde no gozo no voy,
donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
y aunque en todos los lugares
hay pesares,
si algun pesar me fastidia,
y amarga esta vida corta
poco me importa.

Un puro y una botella
durante mi esplin consumo,
y cuando acabo con ella,
cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
el cerebro me revuelven
y me vuelven
tan feliz, que ¡vive Dios!
esta vida larga ó corta
poco me importa.

Celestes apariciones
gozan entonces mis ojos,
y dichosas ilusiones
satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
fermentan del humo vano
de mi habano
visiones tan celestiales,
que una vida larga ó corta
poco me importa.

¿Y en que entonces me aventaja
ningun sultan con su ópio?
Si á su alma el Eden se baja,
á mi me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
su ámbar, su pipa y su vaso;
no hace caso
de sí mismo en su pereza,
y una vida larga ó corta
poco le importa.

Y á mí el licor jerezano
del puro entre el humo azúl,
me hace igual al soberano
de la soberbia Stambúl.
Y en el insomnio dichoso
de la embriaguez le tutéo
y me creo
otro sultan poderoso,
y como á él la vida corta
poco me importa.

¡Qué diablos vá de él á mí!
Llévanle al harem eunucos

á que la desuelle allí
velado por Mamelucos,
y á mí me arrastra á mi lecho
una muger cariñosa
que afanosa
se desvela en mi provecho,
con quien la vida por corta
poco me importa.

El enamora á una esclava
que ácia él, solo miedo abriga,
y á mí de aplomarme acaba
dulce beso de mi amiga.
A él las caricias le roba
su esclava durante el sueño,
y mi dueño
me vela en mi misma alcoba,
porque mi vida aunque corta
mucho le importa.

A él le hace el ópio tal vez
soñar con alguna houri,
y ver me hace una el jerez
en cada muger á mí.
El reina en Constantinopla
y yo mísero coplero
cuando quiero
de él me rio en una copla,
y de su rábia, si aborta
poco me importa.

Y á él ópio escesivo acaso
le hace ponzoña mortal
de su café, y le abre paso
á su sepulcro imperial:
mientras yo libre de afan
despierto al placer mañana
con mas gana,
y aunque rebiente el sultan
y deje á la Europa absorta
poco me importa.

José Zorrilla.

ME IMPORTA MUCHO.

CANCION.

Es mí placer, buen Zorrilla,
hacerte la oposicion,
oye, pues, mi taravilla,
que yo escuché tu cancion.
Tu con lindos versos dices
que la vida por ser corta
no te importa,
yo con versos infelices
respondo cuando te escucho
me importa mucho.

Si es tu elixir contra duelos
la docta filosofía,
los metálicos consuelos
son la medicina mia;
que aunque no soy codicioso,
no es malo que el oro sobre,
porque el pobre
siempre hace en el mundo el oso;
y el guardar algun cartucho
me importa mucho.

Tampoco aspiro á opulencias,
ni destinos ambiciono,
pues me rio de escelencias
y del oropel del trono.
Odio el poder insolente,
aborrezco al despotismo,
por lo mismo
para ser independiente
contar con algun cartucho
me importa mucho.

Dices que no te dan leyes
porque tú á nadie las das:
los ricos siempre son reyes
y vasallos los demás.
Ellos al pobre esclavizan
sin que le valgan razones.
Los doblones
al humano divinizan,
y por eso algun cartucho
me importa mucho.

Las botellas y los puros
son dos posesiones bellas,
mas si tienes pesos duros
tendrás puros y botellas;
y si á las hijas de Adan
halagas con plata y oro
«Yo te adoro»
todas ellas te diran;
ya ves, pues, que algun cartucho
me importa mucho.

Con tu jerez y tu habano....
con tu amiga..., ¡que gandul!

desprecias al soberano
de la soberbia Stambúl.
Mucho tu ingenio se aguza..!
mas si está el erario exhausto,
todo el fausto
se reducirá á gazuza;
confiesa, pues, que un cartucho
importa mucho.

Y mi musa lo defiende
cual verdad de tomo y lomo;
pero el cartucho se entiende
sin la pólvora ni el plomo.
No has de olvidar un momento
que el cartucho es de oro ó plata....
que no mata...
y aclaro mi pensamiento
Zorrilla, porque el cartucho
importa mucho.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

MODAS.

Ya hace tiempo que los redactores de la RISA teníamos cierto desasosiego, cierta zozobra, cierta impresion inesplicable, sin que pudiéramos dar con el *por qué* ó sea la causa de estos efectos, ni mas ni menos que cuando sale uno de casa dejándose algo olvidado, ni se determina á volver, ni acierta á andar, sabe que le falta algo, pero no sabe lo que le falta y suele caer en la cuenta á la mitad del camino, cuando la urgencia de su comision no le permite *retrogradar*: he dicho mal, retroceder, que viene á ser lo mismo, sin que pueda darse interpretacion política. Afortunadamente para nosotros y para nuestros suscritores, aunque hemos recordado tarde, no hemos llegado tarde, y por aquello de que *mas vale tarde que nunca* y lo de que *nunca es tarde si la dicha es buena*; queriendo ademas cumplir con la mision clásica de deleitar instruyendo y vice versa; deseosos de unir lo útil á lo agradable, y en una palabra dispuestos á hacer cuantas mejoras nos sea posible establecer, hemos resuelto crear una seccion con el epígrafe de este artículo, que asi como la del Ambigú dá á los gastrónomos tantas luces para el buen desempeño de sus funciones en el importante ramo de manducatoria, tendrá esta á nuestros elegantes lectores y lectoras al corriente de los adelantos, noticias, figurines y demas concerniente al indispensable arte de *currutaquería*. Nuestros suscritores sin corresponsales franceses, ni ingleses, ni portugueses, ni rusos (porque aqui lo que queremos es *independencia nacional*) sabrán no solo la moda presente y la pasada, sino la futura, que es cuanta ventaja podemos ofrecerles y cuyas noticias, como es de inferir, no podríamos recoger nosotros sin cuantiosos desembolsos de correspondencia.

MODA CORRIENTE.

Como la estacion no consiente mucha ropa que digamos, asi el traje de señora como el de caballero están puramente reducidos á lo esterior. Las señoras van sin camisa, ni refajo, ni enaguas, ni corsé. Llevan solo un vestido de tafetan sumamente fino con mucho vuelo bajo, sin ser palomino, dos esclavinas de vuelo tambien proporcionado con sus corespondientes guarniciones; birutas por tirabuzones y un sombrero de forma piramidal que con el resto del traje viene á presentar exactamente la figura de un embudo ó de un cubilete. Un alfiler con el retrato al oleo del novio ó del marido, sombrilla enana que apenas dá sombra al pico del sombrero y guante blanco.

El traje de caballero es mas sencillo todavía. Consiste en un sombrero de tela, vulgo jibus. Saco blanco, abrochado todo el verano para no

constiparse, y sobre todo cuidando de llevar las manos bien abrigaditas en los bolsillos. Botones grandes como tomates y pantalon ajustado hasta la oprimida bota. El que no rompa el pantalon á la segunda vez de ponérselo no es elegante, y lo mismo el que no quede cojo por las mordeduras del calzado.

MODA VENIDERA.

Traje de córte. Para caballeros: papalina, corbatin de suela con un letrero que diga, «viva mi dueño,» saco de verano con un panecillo largo en el bolsillo, calzon corto blanco, medias negras caladas, alpargatas con espolines, y una vara de medir por baston. Unos llevarán el *saco* cerrado con lacre, otros con oblea, y algunos con cerrojos y candados.

Para señora: zapatos de aguador atados con tomiza, medias coloradas, casulla, collar de pinchos, guantes de caballeria, bigotes postizos la que no los tenga naturales, y sombrero calañés.

Traje de paseo. Para caballero: descalzo de pié y pierna, en calzoncillos, frac verde con caponas, babero y bonete.

Para señora: Chanclos, calzon de maragato, so-

brepelliz y canana: paraguas colorado, melenas trenzadas y chacó.

Traje de camino. Para caballero: botas de montar y enaguas con guarniciones; faja encarnada, chaqueta de alamares y montera gallega.

Para señora: calzon de ante, estribos de madera con galgas, coraza y carabina, guante blanco, pulseras, ferroñé y sombrero de teja con escarapela tricolor.

Traje de montar á la inglesa. Pantalon de papel blanco; sombrero y caballo de castor, frac de hule, y una ballenita en vez de látigo. Las espuelas están mandadas recoger.

Estamos esperando unos figurines de que daremos inmediatamente cuenta á nuestros elegantes.

EPIGRAMAS.

De sesenta un solteron
á una jóven vivaracha
preguntó en cierta ocasion—
¿como te llamas muchacha?
y ella dijo—«Encarnacion»
Tal misterio te esplicara,
repuso el sexagenario,
y ella—«mucho lo apreciara;
pero ya lo hace el vicario
que tiene la voz mas clara.»

Rita por cierta pendencia
fué citada ante un alcalde,
y este la sirvió de balde
dando en su pró la sentencia.
Con refinada malicia
dijo entonces la alcaldesa.—
«Nunca he visto, Anton, tan tiesa
la vara de la justicia.»

«Un doctor ronda tu puerta
y un escribano te adora»
le dijo á una labradora
otro tambien de la huerta.
—«No es estraño, majadero,
contestó con gracia suma
que toda gente de pluma
vaya en busca del tintero.»

José Bernat Baldoví.

AMBIGÚ.

Salsa holandesa.

Se mezcla un trozo de manteca con un poco de harina y unas gotas de vinagre, medio vaso de agua, sal y nuez moscada raspada, con un batido de yemas de huevo; se pone al fuego meneándolo continuamente, y cuidando de que no hierva porque se cuajaria.

Salsa de vinagre.

Se pondrán juntamente en una cazuela una cantidad suficiente é igual de caldo y vinagre; se añade sal, pimienta y cinco ó seis ajos cortados menudamente, un gran manojo de peregil tambien picado, y se coloca todo al fuego, hasta que los ajos se hayan cocido perfectamente. Con esta salsa se sirven todos los restos de las carnes asadas, sean las que se quieran.

Salsa picante.

Se mezcla un vaso de caldo y de vino blanco, y se cuece hasta que se reduzca á la mitad; se añade peregil y ajos, y se sazona haciéndolo hervir por algunos minutos. Cuando haya de servirse se añade zumo de limon y un poco de aceite.

Salsa portuguesa.

En un horno de fuego templado se coloca una cazuela, en donde se hayan puesto seis onzas de manteca fresca, dos yemas de huevos crudos, una cucharada de zumo de limon, pimienta en polvo espeso y un poco de sal. Este conjunto se menea sin interrupcion, sacando de tiempo en tiempo la salsa con una cuchara para volverla á echar: se menea despues fuertemente para incorporar los huevos con la manteca; y si estuviese demasiadamente espesa se echa un poco de agua. Esta salsa debe hacerse en el mismo instante en que se sirva, M. Grimond de la Reiniere aconseja se raspe la nuez moscada, y se la mezcle azafran en polvo, y dos ó tres guindillas, concluyendola como se acaba de decir.

Salsa á la provenzala.

Echense á dos yemas de huevo una cucharada de zumo de limon, pimienta en polvo y ajo majado. Se sazona y pone á fuego muy lento, meneándolo continuamente, y añadiendo ademas un poco de aceite.

Salsa de rábanos.

Despues de quitado su primer pellejo, se raspa el rábano lo mas menudo que sea posible, y se añade sal y vinagre; cómese tambien el rábano con una salsa blanca.

Salmorejo.

Se mezcla con la salsa española un vaso de vino blanco, ajos, un manojo de peregil, añadiendo los restos de perdices majados con un poco de caldo: se desengrasa y pone á punto, y se pasa por un cedazo de cerda. Aun se pueden añadir criadillas en pedacitos menores.

Salsa tártara.

En una porcion suficiente de mostaza se echa sal, pimienta, ajos, perifollo y estragon, todo muy menudo, con algunas cucharadas de vinagre; se menea todo hasta que se incorporan perfectamente cada una de las partes, añadiendo despues dos partes de aceite para una de mostaza. Si la mezcla quedase demasiado espesa, se la liquida añadiendo vinagre, y se sirve en una salsera.

NOTA.

Tenemos en nuestro poder una lindísima composicion de Fray Gerundio para la que se está grabando una preciosa caricatura.

El número inmediato contendrá el artículo cuarto de las tertulias por don Juan Martinez Villergas, *La Virilidad*, romance de don Manuel Breton de los Herreros, *La Lavativa* por don Antonio Ribot y Fontseré, y el ambigú.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos

Ademas de la *Risa* publica la SOCIEDAD LITERARIA otras dos obras de lujo á saber: LA GALERIA REGIA Y VINDICACION DE LOS ULTRAGES ESTRANGEROS, con magníficos retratos de cuantos reyes han ocupado el trono de España, su historia y la de nuestras ciencias y artes desde la mas remota antigüedad, y el TESORO DE MORAL CRISTIANA, coleccion de lo mas selecto que se ha escrito sobre religion, formando los *Santos Evangelios* el primer tomo, con preciosas láminas. Estas obras han merecido los elogios de toda la prensa por su elegancia, lujo y baratura. Estan á cargo de los primeros literatos de España.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerias de *Cruz*, de *Razola* y de *Dessé é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la RISA.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.